

## Un gramófono al final de una guerra

María Iholanda  
Rondón de Cárdenas

[http://www.letralia.com/ed\\_let/gramofono](http://www.letralia.com/ed_let/gramofono)

**E**ditorial  
**L**etralia  
[letralia.com/ed\\_let](http://letralia.com/ed_let)

*Colección Narrativa*  
*Internet, abril de 2004*

### **Escribir es un arte**

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

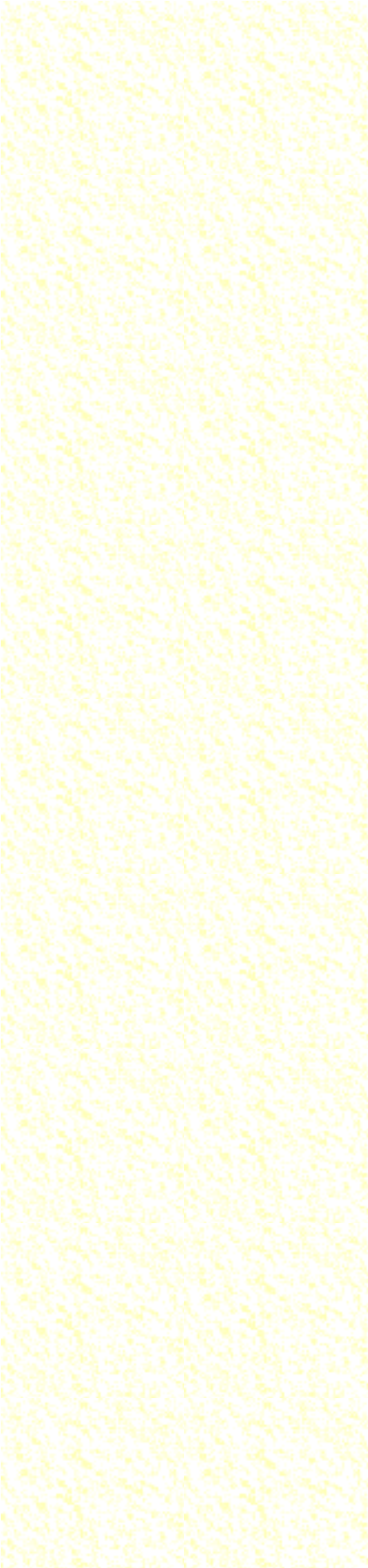
## Presentación

**María Iholanda Rondón de Cárdenas** es venezolana y reside en la ciudad de Valencia, capital del estado Carabobo. Abogada de profesión, obtuvo su título en 1992 en la Universidad de Los Andes, casa de estudios en la que en 2000 completó su maestría en ciencias políticas. Actualmente trabaja a tiempo completo como escritora independiente.

Ha trabajado como docente en la Universidad Experimental Rómulo Gallegos (San Juan, Guárico), en el Instituto Universitario de Tecnología Antonio José de Sucre (Mérida) y en el Instituto de Acción Cultural, IDAC (Mérida). Además ha desarrollado actividades en diversas bibliotecas del país.

Textos suyos han aparecido en el suplemento literario *Pliegosuelto* del periódico *El Universitario*, en Mérida, así como en el órgano divulgativo de la Academia de Mérida. Ha publicado el poemario *Como yo te he querido* (Colección Solar, Gobernación del Estado Mérida, 1996) y la novela *Un gramófono al final de una guerra* (Ediciones del Rectorado de la Universidad de Los Andes, Mérida, 2003). Su poemario *Veinte cantos de amor y de dolor* obtuvo en 1992 el primer premio del 4º Concurso Anual de la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de Los Andes.

*Un gramófono al final de una guerra* es un relato biográfico basado en la riesgosa aventura del violinista franco-venezolano Maurice Hasson, cuando en 1940, en plena Segunda Guerra Mundial y con apenas cinco años de edad, tuvo que huir de París con su familia para evitar caer en manos de los nazis.



# Un gramófono al final de una guerra

© 2003 María Iholanda Rondón de Cárdenas

© 2004 (primera edición electrónica) Editorial Letralia  
[http://www.letralia.com/ed\\_let](http://www.letralia.com/ed_let)

## El primer recuerdo

El primer recuerdo claro que tengo es el de una gran lámpara iluminada sobre la larga mesa del comedor. Era el amplio comedor de la casa de papá. En las noches de fiesta encendía sus bombillos entre infinitos cristales, que se veían como lágrimas.

Eran las noches cuando la familia se reunía entera, que es mucho decir, ya que recuerdo una multitud de primos, tíos y tías casados, solteros, viejos, jóvenes, que venían de lejos o que vivían cerca de nuestra casa. Mis favoritos eran mis abuelos, con aquellas caras viejitas y aquellas manos rugosas que nos acariciaban mientras hablaban de cuentos de otros tiempos. Yo solía preferir los cuentos de terror del abuelo. En ellos siempre había alguien que desaparecía misteriosamente, o tesoros escondidos o malvados espíritus que venían a visitar a las personas menos afortunadas.

La casa de mi padre era enorme, aunque, ante mis ojos de cinco años, era aun más grande. Se la veía en la esquina más alejada de la calle, al lado de casas semejantes, y ocupaba, junto al jardín, una hectárea de terreno. Cuando salíamos a jugar era difícil mantenernos juntos en un solo lugar y siempre escuchábamos:

—Mauricio, ¿dónde estás? ¡No dejen sola a Elenita! —Siempre había algún primo de visita, y era un placer jugar en el jardín.

Una mañana estando todos corriendo y escalando entre los árboles que daban a la calle sucedió algo muy extraño. Vimos venir a un batallón de soldados desfilando, impecables en sus nuevos uniformes:

—¡Firmes, firmes, que viene el ejército! —gritaba mi primo David— ¿quién quiere morir primero?

Y todos bajamos de los árboles y nos lanzamos a la calle para mirar de cerca, fascinados. Pero, por alguna razón, aquel día los adultos nos hicieron a todos entrar a la casa, donde terminamos con una gran merienda en la cocina que nos hizo olvidar pronto el asunto.

Luego de aquel hecho, las salidas al jardín se vieron muy reducidas.

## Festivales de carnaval

Otro de los mejores recuerdos que tengo de mi infancia es el de los festivales del carnaval. En esa fecha adultos y niños se disfrazaban, cantaban, comían y desfilaban en la calle entre risas y música, y durante la noche los fuegos artificiales encendían el cielo de colores rojo, anaranjado, verde brillante, amarillo y blanco de miles de estrellas que resplandecían y se desvanecían.

De nuevo teníamos a la familia en casa y las escaleras, los pisos y los pasillos se llenaban de voces, risas, gritos de niños. Se preparaban delicias para cenar y los abuelos presidían la mesa siempre hablando de carnavales pasados, como yo ahora.

El tiempo en aquella época me parecía eterno, las tardes pasaban lentamente cuando se trataba de aprender a través de las lecciones supervisadas por mamá, en las que nos veíamos obligados a sentarnos todos en una sala dispuesta especialmente para nosotros los niños. Y también pasaba rápidamente cuando se trataba de jugar, escondernos, pelear, merendar y ver pasar el tiempo en el jardín, el tiempo simple de las tardes de sol, los árboles con muchas hojas y el viento cargado de risas.

Pero todo aquello cambió para mí en una sola noche.

Aquella noche me desperté soñando con el carnaval, había muchas luces tratando de entrar a través de mi ventana, lo que se veía del cielo estaba enrojecido. Me levanté de la cama, fui hasta la ventana con una silla para poder alcanzarla, me subí y separé un poco las cortinas, y allí estaba, era como el carnaval de mi sueño, todo el cielo vestido de color rojo vivo, pero sin estrellas, sin luces que se desvanecían.

De pronto mi abuelita entró asustada a mi cuarto:

—Mauricio, ven pronto —me dijo. Y se dirigió al closet, tomó un pequeño bolso con algo de mi ropa que puso en mi espalda, me tomó de la mano y me arrastró fuera del cuarto.

—¿Qué pasa, abuelita? —no me dijo nada—. ¿Qué pasa? —le pregunté a papá, que apareció súbitamente a mi lado, me tomó en sus brazos y corrimos escaleras arriba. Detrás venía también mamá con Elenita y Luis, que aún dormía.

Mi abuelo ya estaba en la azotea, algo extraño ocurría, algo fuera de lo común. Había mucho ruido afuera, como en los días de fiesta pero distinto. Este no era un ruido de risas y alegría, este era un ruido lleno de gritos desesperados

y de truenos que se arrastraban por el suelo de la calle, que rompían las ventanas (incluso las de mi casa). Un ruido de cosas que caían y gente que corría.

Mientras papá me depositaba en el suelo, y los adultos se ocupaban de recoger lo que teníamos encima, me acerqué lentamente al borde de la azotea, con algo de miedo miré hacia abajo, vi mucha gente corriendo de un lado a otro, vi el cielo enrojecido y el suelo también, y vi soldados que perseguían a la gente, algunos iban disparando, y el ruido era aterrador, se sumaba al grito de las personas que caían al piso. Hasta entonces nunca había sentido miedo frente a un soldado, pero desde entonces he de confesar que aún lo siento.

De pronto sentí las manos fuertes de papá sobre mí, caímos juntos al piso y me arrastró hasta donde estaba mamá.

—Mauricio, todavía eres pequeño, pero sé que puedes entender esto —me dijo—. Esos soldados no deben verte, no quieren a la gente como nosotros, no son buenos —no me atreví a decir nada, sin embargo las palabras se agolpaban en mi cabeza, me dolían los ojos, y de pronto sentí que necesitaba llorar, miré los ojos severos de papá y le prometí que no lloraría.

Papá se levantó y con la ayuda de mamá y del abuelo sacó una enorme tabla, tan larga como un puente, o eso parecía pues ya la deslizaban desde el techo de mi casa al techo de la casa de nuestro vecino, que desde la otra azotea les hacía señales para que continuaran deslizándola, hasta que él mismo atrapó el otro lado de la tabla y lo sujetó de su techo, como lo hizo papá en el nuestro.

Entonces papá volvió con nosotros, puso sus manos en mis hombros y mirándome nuevamente me dijo:

—Bueno, esto no va a ser fácil, Mauricio, pero aún he de pedirte cosas más difíciles que ésta —pestañeeé, no quería llorar, miré a mamá, que se estaba su- biendo a la tabla con Luis (aún dormido) en sus brazos y lentamente, casi agachada, cruzó el inesperado puente. Cuando llegó al otro lado, nuestro vecino la sujetó y su esposa, que ahora también estaba allí, tomó a Luis entre sus brazos.

Ella me saludó agitadamente y me indicó que cruzara. Miré a papá, que estaba diciendo: —Ahora cruzas tú, igual que mamá y sin miedo, agáchate y camina como los gatos, vamos —me tomó de la mano y me llevó al puente, me levantó y me depositó sobre la tabla.

Yo estaba paralizado, podía escuchar aún los gritos de la calle, ver el fuego rojo que envolvía la ciudad, sentir mi propio corazón como un pájaro asustado, ver a mamá del otro lado. Y de pronto sintiendo sólo el deseo de abrazar a mamá

comencé a avanzar hacia ella, y allí estaba cuando llegué, me tomó en sus brazos fuertemente y juntos comenzamos a llorar. Ya no sentía miedo.

Así debieron cruzar todos aquella noche, pero yo sólo recuerdo claramente que me dejé llevar en los brazos de mamá hasta adentro y luego dormí por mucho tiempo.

## El jardín de la azotea

El tiempo que siguió se pierde un poco en mi memoria. No sé decir cuántas semanas o meses estuvimos viviendo allí, sólo sé que todos los días eran iguales. Estábamos encerrados en lo que fuera el ático del vecino, que ahora nos servía de casa; no podíamos salir a jugar, no veíamos la luz del sol. Siempre comíamos en silencio, los adultos se turnaban para dormir, para ir al baño, para jugar con nosotros. Toda el agua que utilizábamos la tomaba mamá de un solo tubo del baño, incluso la que usaba para cocinar, para bañarnos, para beber. En mucho tiempo no volvimos a comer otra cosa que no estuviera hervida, sólo eso, sólo hervida.

Raras veces veíamos al dueño de la casa, sólo algunas noches se reunía con papá, escuchaban la radio con volumen muy bajito y charlaban hasta el amanecer, entonces yo me quedaba dormido entre las conversaciones de los adultos, que no entendía, y cuyas voces se iban haciendo cada vez más lejanas.

Tengo la impresión de que en aquel tiempo papá no dormía, siempre que me iba a la cama lo veía sentado en algún lugar vigilante, y al despertarme lo veía de nuevo allí, como si no se hubiera movido, con los brazos alrededor de sus piernas recogidas, y las botas aún puestas. Desde entonces comenzó a hablar poco, casi no se dirigía a mis hermanos o a mí, tampoco mamá hablaba mucho y no se nos permitía correr o cantar o gritar como niños.

Habría sido un tiempo muy difícil de no ser por la presencia de los abuelos. Mi abuelita llegó un día cargada con largas hojas de papel y lápices de colores (muy probablemente de los niños de la casa donde estábamos), además de tijeras y cinta adhesiva. Con todo aquel tesoro hicimos flores, árboles, animales de papel y decoramos las paredes. Todas las tardes el abuelo se sentaba con nosotros cerca de nuestro jardín de papel y nos contaba magníficas historias.

Una tarde nos contó la historia de los duendes de colores, los encargados de cuidar a la gente inocente.

—Ellos protegen a los niños, les avisan cuando hay peligro cerca —nos dijo—, los llevan a sitios seguros —sabíamos que viven cerca de los jardines y los bosques, y el abuelo también nos dijo que no debíamos tenerles miedo, y que si veíamos alguno podíamos sentirnos a salvo.

—Abuelito, ¿cómo son esos duendes? —preguntó Elena—. ¿Tienen sombreros puntiagudos? —agregó, y yo pensé en voz alta: —¿Cómo vamos a reconocerlos? Dinos, abuelito, ¿cómo sabremos que son los verdaderos duendes de colores?.

Entonces el abuelo respondió:

—¡Pues, porque son de colores! —y para borrar nuestras dudas dibujó algunos sobre la pared de nuestro jardín de papel y luego nos dejó pintarlos (fue muy divertido pintar sobre la pared y ensuciarnos y luego dejar las huellas de nuestras manos al lado de los duendes).

Cuando en las noches los truenos de la calle me despertaban bruscamente, solía mirar a la pared y nuestros duendes lentamente se desprendían de ellas, se acercaban a nuestras camas y se sentaban sonrientes, y yo podía volver a dormir. En la mañana era un alivio verlos de nuevo allí en la pared al lado de nuestras flores.

Me preguntaba por cuánto tiempo estarían allí con nosotros, y deseaba que fuera para siempre.

## El lobo del bosque

De aquel lugar salimos una noche. La calle estaba desolada, sombreada por la luna llena. Había cosas abandonadas en los jardines; mesas y sillas huérfanas, papeles, vidrios rotos. Incluso en mi casa las ventanas estaban abiertas y las cortinas se mecían al son del viento nocturno. Hacia frío, sólo se escuchaba susurrar al viento entre las hojas de los árboles y no parecía haber nadie, sólo casas fantasmas, que nos miraban con sus ojos de ventanas rotas y sus bocas de puertas vacías. Al dar vuelta a la calle me volví para mirar por última vez nuestra casa, parecía que se despedía de nosotros con el balanceo de sus cortinas solitarias, como pañuelos que dicen adiós en un tren que se aleja.

Aquella noche caminamos a través de muchas calles como la nuestra, todas abandonadas, todas en silencio, en todas nos acompañó el sonido del viento y las sombras proyectadas por la luna. Los niños dormimos gran parte del camino, Elenita en brazos del abuelo, Luis en brazos de mamá, y papá cargaba conmigo. Los adultos además cargaron con bolsos, cobijas, herramientas y muchos dulces y caramelos para que estuviéramos tranquilos. Durante un buen rato sólo sentí el continuo movimiento de papá al caminar, parecía infatigable, me envolvía su olor tranquilizador, me adormecía su respiración acompasada, de vez en cuando me acariciaba la cabeza, aunque sus pensamientos estaban muy lejos de mí, yo no podía imaginar cuánto.

Cuando nos detuvimos habíamos dejado atrás la ciudad, delante de nosotros se extendían los campos abiertos. Estaba amaneciendo, jirones de nubes rosadas se deslizaban sobre el cielo que recibía lentamente los rayos del sol naciente, a lo lejos ya podía escuchar un trinar de pájaros que alegró de nuevo mi corazón.

Papá me depositó en el suelo y me dejó correr por un rato, también Elenita vino corriendo hacia mí y su sonrisa era tan brillante como el amanecer. Luis aún no caminaba muy bien y aunque trataba de seguirnos siempre se caía, esto hizo reír a mamá y de pronto recordé que no la había escuchado reír por mucho tiempo, su risa era como música clara, y mientras corríamos con el viento en la cara y el sol en la piel desaparecieron los miedos, sólo teníamos oídos para mamá y ojos para la inmensidad que se abría ante nosotros.

Esa tarde hicimos un campamento, comimos y dormimos un rato a la intemperie, y luego de haber estado encerrado por tanto tiempo, aquello me pareció lo más cercano a los días de fiesta que había conocido en el pasado.

Luego de recoger todas nuestras cosas y ponernos de nuevo en marcha le

pregunté a papá:

—¿De qué estamos huyendo papá?, ¿por qué no podemos quedarnos aquí?

Y él me dijo:

—Sé que aún estás muy pequeño pero supongo que has entendido un poco de lo que pasa; bueno, nuestro país está en guerra, eso significa que existe un ejército de hombres malos que no nos quiere, ellos desean quedarse con nuestras casas, nuestras ciudades y nuestra gente. —Y agregó: —No están jugando, las armas que tienen en sus manos pueden matar a las personas, por eso debemos tener mucho cuidado de no encontrarnos con ellos.

Entonces yo insistí:

—Pero, papá, ¿qué es la guerra?, ¿sirve acaso para matar a la gente?, ¿somos gente mala nosotros también?

Papá suspiró y me dijo:

—No, nosotros no somos gente mala pero ellos no lo saben. La guerra es como estar enfermo, debes tomar malas medicinas y no puedes salir a jugar, y algunas veces mata también a las personas.

Respiré profundamente, y con la voz quebrada me atreví a preguntar:

—Papá, ¿moriremos nosotros también?

Entonces él se detuvo, se agachó frente a mí y tomando mi cara llorosa entre sus manos me contestó:

—No, Mauricio, no moriremos aún, por eso huimos y por eso debes hacer todo lo que yo te pida; aunque te parezca difícil, prométeme que no vas a pensar en morir.

Entonces me abrazó y me dejó llorar por un rato.

Durante la noche llegamos al lindero de un bosque, mamá nos llenó la boca de dulces para mantenernos en silencio. El bosque estaba lleno de otras gentes, se las veía de repente cruzando de un árbol a otro; sin embargo no se acercaron a nosotros y papá procuró evitarlos todo el tiempo. Fue una extraña huida, me sentía como el niño del cuento que es perseguido por lobos cuando abandona su casa y desobedece a su abuelo.

Todo estaba muy oscuro, apenas algunos rayos de luz de luna que lograban

filtrarse entre las copas de los árboles, y había mucho silencio, papá y mamá caminaban casi sin hacer ruido y los abuelos trataban de seguir sus pasos. Hacia frío pero estábamos sudando y la tierra tenía un fuerte olor a humedad.

Desde algún lugar lejano comenzó a llegar el claro sonido del agua, allá adelante había un río y nos dirigíamos hacia él, podía escucharlo cada vez más cerca.

## La llegada de los pájaros de fuego

Durante algunos días seguimos el sendero del río. A lo lejos se veía un paisaje inmenso pero nosotros estábamos cercados por el bosque y papá no nos dejaba alejarnos de los árboles. Desde el amanecer hasta que caía la noche caminábamos casi sin descanso, sólo nos deteníamos a comer y descansábamos bajo la sombra al mediodía. Papá no creía que fuera buena idea caminar bajo el sol tan expuestos. *¿Expuestos a qué?*

No resultaba tan malo caminar junto al río, bajo el sol, escuchando los pájaros, viendo las ardillas y a veces algunos peces en el agua. Entonces dije:

—Papá, quedémonos a pescar, nunca he pescado nada.

Y el abuelo agregó:

—Sí que has sabido pescar resfríos.

Y me levantó en alto contra el cielo, entonces vio algo que hizo cambiar su cara. Sus arrugas se hicieron más profundas, me abrazó con fuerza y corrió conmigo entre los árboles, pude ver que mamá también se escondía con mis hermanitos, y papá se lanzaba al suelo con la abuela. Me asusté y escondí mi cara entre los brazos y el pecho de mi abuelo. Podía escuchar el sonido lejano de motores que pasaban alto sobre nuestras cabezas, en el cielo.

Pasaron de largo sobre nosotros, no nos vieron, pero luego escuché el sonido de una caída y una fuerte explosión, algunos árboles estallaron y sus pedazos volaron por todas partes, luego hubo otras explosiones y vi cómo saltaba el agua del río y la arena que se esparcía por el aire, y hubo muchas explosiones más. Estuvimos tan aterrados que ninguno se atrevió a moverse, hasta que lentamente el cielo fue haciéndose claro otra vez y los aviones se marcharon.

—Papá, ¿era eso a lo que estábamos expuestos? —gritaba yo, aunque mamá también gritaba y la abuela preguntaba: —¿Están todos bien, dónde están?

Se acercaron corriendo a nosotros, todos me tocaron la cabeza, los brazos, las piernas y al abuelo y a papá.

Cuando estuvimos juntos de nuevo, Elena gritó:

—Mami, fuego en el bosque, ¡mira! —y señaló. Era cierto, entre los árboles caídos algunos estaban ardiendo, había además grandes hoyos en medio de la devastación, y arena y piedras del río por todas partes.

Ese día caminamos aun más rápidamente y en silencio hasta que llegó la noche. Sólo al amparo de la total oscuridad papá se sintió seguro y nos permitió descansar. Yo quería encender fuego, sentíamos frío, pero era peligroso que nos vieran allí, dijo papá.

Todos estábamos callados, asustados, molestos, profundamente tristes. Entonces al amparo de la noche y de la quietud del bosque el abuelo nos contó la historia de los dragones.

—Ellos vivieron hace muchísimo tiempo, antes que tú y que yo —dijo—. Eran muy malhumorados, no dejaban espacio para que algo pudiera crecer sobre la tierra, todo lo quemaban.

Y Elenita preguntó:

—¿Los viste, sabes cómo son?

Y el abuelo le respondió:

—No, pero podemos verlos aunque ya no existan.

Me asombré.

—¡Cómo! ¿Dónde están?

Él señaló a lo lejos.

—Están allí, cubiertos por las plantas, dormidos eternamente, bajo las montañas, sus largas colas y sus patas y sus cuellos, todo fue enterrado por las plantas para que ellos no pudieran continuar quemando la tierra.

Y papá agregó como hablando para sí mismo:

—Tal vez algún día nosotros también podamos detener el fuego de la guerra.

## El juego del gato y el ratón

Aún fue mucho el tiempo en el que nos mantuvimos caminando, siempre huyendo, siempre cansados, siempre con hambre, siempre siguiendo el camino del río. Me parecía que los recuerdos de la casa de mi padre eran tan lejanos que habían ocurrido en otra vida, que le habían ocurrido a otra persona, llegué a pensar que me equivocaba y sólo se trataba de un sueño pasado que no podía recordar bien.

Dormíamos sobre el suelo, en algunas mantas que cargaban los adultos, comíamos muy poco y en silencio, nos acostumbramos a los sonidos de los árboles, de los animales sobre las hojas del suelo (o debajo), al sonido del río, al del viento, al olor ocasional de la lluvia, a la suavidad de los amaneceres, al canto de los pájaros, al silencio del atardecer, al ulular de las lechuzas, a nuestra propia soledad y al cansancio.

También nos acostumbramos al lejano sonido del motor de los aviones y a escondernos en cuanto se acercaba.

Así pasaron los días, marcados solamente por la aparición en la distancia de algún pueblito lejano, al que sólo se acercaban cautelosamente mamá y la abuela, y del que llegaban cargadas con patatas, pan, algunas frutas, semillas y mantas viejas. Alguna vez consiguieron un par de zapatos y abrigos para nosotros los niños. Llegaban también cargadas de noticias, de acuerdo a las cuales papá aceleraba el rumbo o nos hacía descansar por más tiempo.

Según papá nos dirigíamos al sur y podíamos notarlo porque hacía menos frío, aunque no durante las noches, y teníamos aún que pasar la última frontera vigilada por el ejército enemigo y no tardaríamos mucho en llegar allí.

Y fue así como una noche una gran extensión de bosque se asomó ante nosotros y hacia allí nos dirigió papá. En cuanto entramos a lo más profundo, mamá comenzó a llenarnos de nuevo la boca con caramelos y bombones para mantenernos callados. Papá y el abuelo se adelantaron entre los árboles, iban caminando de árbol en árbol, protegiéndose. Nosotros los seguíamos de cerca, tratando de no hacer ruido. Mamá cargaba a Luis que dormía, Elenita y yo íbamos con la abuela, comiendo dulces y tomados de las manos.

De pronto, más adelante a nuestra izquierda vimos una luz. Se podía ver que venía desde una casita, fuertemente vigilada por soldados que caminaban de aquí para allá en las cercanías. Al fondo, hasta donde se podía ver, había cercas de alambrada extendidas por todo el paso del bosque, y aun más allá, más luces provenientes de algunos puntos distantes, difíciles de precisar.

Había viento pero mis manos sudaban. Un nudo en la garganta me impedía respirar bien y mi estómago quería pegarse a la parte de atrás de mi espalda. Tenía los ojos extremadamente abiertos y miré a Elenita que se veía igual que yo. Estábamos agachados mirando juntos a mamá y a la abuela que nos mantenían escondidos tras los árboles.

Entonces vi cómo papá se acercaba casi arrastrándose hacia la alambrada. Con una herramienta que extrajo lentamente de su bolsillo comenzó a cortar la cerca, muy poco a poco, no hacía ningún ruido, como un gato en la oscuridad, y no dejaba de mirar hacia la distante luz en la casita. Se mantuvo así hasta que logró separar la alambrada haciendo una abertura por donde cabía un hombre.

El abuelo en aquel momento se aproximó, puso sus manos en la parte superior de la alambrada y la elevó hasta que logró deslizar todo su cuerpo a través de la abertura. Pasó, lentamente y agachado comenzó a avanzar en la oscuridad hasta que ya no lo vimos, pero supimos que estaba allí pues comenzó a imitar el sonido de los grillos hasta que papá de este lado le respondió de igual forma.

Supe que había llegado mi turno; papá me miraba desde la cerca, me deslicé a partir del tronco donde me encontraba hasta llegar a su lado, él continuaba mirándome. Sin decir una palabra separó los lados de la hendidura en la cerca y me sonrió, en aquel momento atravesé la cerca y me dirigí lentamente hacia donde había visto por última vez al abuelo. Con las manos extendidas hacia delante y caminando torpemente a ciegas me topé con él, y él tomó mis manos y me atrajo suavemente hacia sí, lo miré y vi que también me sonreía. Entonces se llevó las manos a la boca y comenzó a silbar como un grillo, del otro lado papá le contestó del mismo modo.

Luego mansamente los demás atravesaron la cerca. Cuando ya nos encontrábamos todos reunidos del otro lado papá cerró lentamente la abertura y con ligeros alambres que extrajo también de sus bolsillos la sostuvo, de modo que no parecía haber sido abierta con anterioridad y vino a reunirse con nosotros.

No llevábamos mucho tiempo caminando cuando comenzamos a escuchar pisadas desde atrás que nos seguían y luces de linternas que se movían de aquí para allá tratando de alumbrarnos. No muy lejos alguien gritó, parecía que daba algún tipo de orden. Comencé a correr tan rápido como lo permitían mis piernas, todos corríamos, las luces venían tras nosotros pero aún no nos alumbraban. Mi corazón comenzó a latir muy fuertemente, mis piernas se tambaleaban, de pronto papá me tomó con sus fuertes manos y me levantó, seguíamos corriendo.

En algún lugar del bosque nos separamos, ya no pude ver más a la abuela, ni

a mamá, ni a los niños. Sólo papá, el abuelo y yo. Entonces papá me dejó con el abuelo, le dio unas indicaciones sobre un lugar cerca de un río y de unas personas que estarían esperando y se marchó internándose en la oscuridad del bosque.

El abuelo y yo corrimos sin descanso, siempre hacia adelante, escuchando sólo nuestras propias pisadas, y nada más. Pasamos dos días buscando el río del que habló papá, y cuando lo poco que cargaba el abuelo consigo para beber se acabó distinguimos a lo lejos luces que se encendían y se apagaban constantemente; daban alguna señal, algún mensaje. No podíamos saber si eran las personas que buscábamos.

Nos fuimos acercando lentamente y comenzamos a escuchar de nuevo el sonido del agua. Primero muy suave y lejano, luego fue tornándose cada vez más claro y más fuerte; finalmente lo vimos. Estaba amaneciendo y los bellos colores de la luz naciente salpicaban el agua, se le podía sentir brillante y viva, rodeada por un coro de pajaritos en sus nidos y de ranitas en el agua. No muy lejos de allí el agua caía desde una saliente ubicada en una colina cercana, y la luz jugaba con un arco iris de color abrazando la cascada.

## Un espejismo en la playa

Aquella noche aparecieron unas personas en unos botes (que parecían pequeñas canoas), hablaron poco con el abuelo y luego nos llevaron lejos a través del río. El navegar rápido de sus canoas no se escuchaba durante el viaje y no hablaron entre ellas ni con nosotros. Cuando amanecía descendimos de nuestro transporte y nos alejamos del río. Nos dieron algo de comer y permanecemos escondidos junto con los botes entre matorrales hasta que anocheció y volvimos al río. Así pasó durante tres días.

Finalmente, en el transcurso de la cuarta noche nuestro viaje llegó a su fin. Uno de los hombres que nos acompañaba se quedó para esconder la canoa y esperar a su compañero, que se ofreció a guiarnos. Entonces pregunté:

—¿A dónde vamos?

Y él me dijo:

—A buscar a tu familia, pequeño, no temas —hablaba con voz áspera y continuó:—. Tu papá los espera, ahora caminemos en silencio —y no dijo nada más.

La noche era muy clara, podíamos ver la luz de la luna sobre el pasto húmedo. No escuchábamos ningún ruido, eventualmente llegaba hasta nosotros un lejano silbido que era respondido inmediatamente por nuestro acompañante. Y también llegaba de lejos el sonido acompasado del agua chocando contra alguna bahía cercana, y el aire comenzó a tener un extraño sabor salado y pegajoso. Estábamos cerca del mar.

Así, de pronto apareció papá de entre los árboles, me abrazó fuertemente y también al abuelo. No pareció sorprendido al vernos porque ya había tenido noticias de nuestra llegada. Los hombres que nos ayudaron formaban una cadena nocturna de ayuda para las personas que como nosotros se encontraban escapando. Era una forma de lucha silenciosa contra un enemigo común, el ejército que ocupaba nuestro país y quería ocupar nuestras vidas.

Papá había conseguido una casita cerca de la playa, en la parte trasera sembró con nuestra ayuda algunos vegetales y árboles pequeños que daban fruta, con los que pudimos alimentarnos durante aquel tiempo. La casa era verdaderamente pequeña, con sólo una habitación donde colocamos algunas camas (que compartíamos) y una mesa donde comíamos en familia. Mamá cocinaba con una vieja estufa que se encendía poco.

Nos gustaba sembrar en la parte de atrás con los abuelos, se agachaban con

nosotros y nos mostraban cómo crecían lentamente las plantas, los vegetales y las frutas. Mis hermanos y yo teníamos entonces una gran capacidad para admirarnos ante nuestros pequeños descubrimientos; las orugas entre los tallos, el nacimiento de las flores, el cambio de color en los diminutos tomates o las gordas manzanas o las largas hojas de los vegetales que luego se servían en la mesa.

Cada uno de nosotros poseía ciertas plantas y les dábamos nombres, Dalila o Gertrudis, Epifanio y Remolón, eran nuestros dominios de juego.

El abuelo se aseguró, por medio de los juegos, de prepararnos en caso de presentarse algún peligro. Así, dibujó a nuestros duendes de colores sobre algunos árboles del bosque (que se extendía detrás de nuestra casita), que mostraban la ruta hacia un gran árbol hueco donde podíamos escondernos y donde también había guardado una botella de agua tapada, una manta y dulces bien cubiertos en una bolsa.

Papá comenzó a ayudar a los hombres en la cadena nocturna de huida, así que lo veíamos poco y ciertas veces se quedaban con nosotros personas desconocidas, pasaban una noche o dos en nuestra casa mientras continuaban su camino.

Mamá algunas veces acompañaba a papá y los niños permanecíamos al cuidado de los abuelos. Mi abuelita cocinaba y mi abuelo inventaba historias antes de dormir.

Viviendo allí conocimos la playa, era un lugar maravilloso, sobre todo porque encontraba niños de mi edad en ella. Como era el mayor de mis hermanos, mi abuelo me permitía ir a nadar solo, y yo aprovechaba aquellos ratos para deslizarme entre las olas y hacerme más fuerte. Cada vez nadaba más rápido y cada vez llegaba más lejos.

Durante dos años nuestra vida no cambió mucho, nos sentíamos tranquilos, seguros. Hasta que una tarde divisé soldados en la playa.

Aquella tarde habíamos terminado de nadar, éramos unos cinco o seis niños entre los ocho y diez años. Los soldados se dirigieron hacia nosotros, comenzaron a revisar a los que encontraron primero, querían saber quienes éramos y que traíamos con nosotros. Algo en mi interior me advirtió del peligro, no podía dirigirme a casa pues los soldados estaban sobre el camino, así que antes de ser visto me arrojé de nuevo al mar y nadé con todas mis fuerzas.

Nadé hasta que llegué a un islote cercano, no era más que piedra y unos pocos árboles, sin arena. Desde allí, sentado con los brazos alrededor de mis

piernas, miré hacia la lejana playa. Esperé hasta que comenzó a oscurecer y los soldados se fueron.

Entonces nadé de vuelta y corrí de regreso a casa. Mis abuelos estaban muy preocupados por mi retraso y se preocuparon aun más luego de escuchar mi historia.

## Soldados en la oscuridad

Durante muchas noches no dormimos. Mi abuelo no me permitió ir de nuevo a la playa. Casi no salíamos a cultivar, sólo la abuela iba de vez en cuando. Mis padres volvieron unas semanas después, habían sido advertidos del peligro. Algún vecino celoso de la armonía en nuestras vidas decidió avisar nuestra presencia al ejército enemigo. Ahora sabíamos que nos estaban buscando.

Y nos encontraron.

Una noche papá entró corriendo a la casa. Sin hacer ruido apagó todas las luces y nos obligó a escondernos bajo las camas. Él se sentó bajo la ventana, vigilante; sobre sus rodillas sostenía una pistola, se la habían dado sus compañeros de la cadena nocturna y él sabía cómo usarla. Yo me deslicé lentamente a su lado y susurré:

—Por favor, permíteme esperar aquí contigo, no puedo respirar bajo la cama.

Y él susurró también:

—Está bien, pero no hagas ruido y sobre todo no te muevas.

Desde donde estábamos podía ver la cara asustada de mamá bajo la cama.

Al poco rato de estar allí escuchamos pasos fuera de la casa, las luces de unas linternas iluminaron a través de las ventanas, podíamos ver cómo se movían sobre la mesa, las camas, la estufa, las paredes, pero no nos vieron. Intentaron abrir la puerta, movieron varias veces la perilla, pero estaba bien cerrada, trancada por un pestillo del que colgaba un candado por el lado de adentro. Forzaron la puerta, pero luego de varios intentos se dieron por vencidos.

Se dirigieron al jardín detrás de la casa, arrancaron nuestras frutas y plantas, pisotearon lo que no se podían llevar, voltearon las reservas de agua, derramándola. Papá se asomó lentamente por el borde de la ventana y los vio allí de pie, rodeando la casa. Y allí se quedaron hasta bien entrada la mañana cuando se convencieron de que no había nadie y se marcharon.

Aún pasó algún tiempo antes de que papá nos permitiera abandonar nuestros escondites. Ese día no salimos, comimos escondidos, agachados bajo las ventanas. Al llegar la noche papá y mamá fueron en busca de ayuda, nos veríamos al día siguiente en algún lugar frente a la playa, donde nos estarían esperando.

En la mañana, muy temprano, la abuela salió a recoger lo poco que había

quedado en el jardín. Estaba agachada sobre las plantas cuando unos soldados salieron del bosque cercano y se acercaron, ella comenzó a gritar y el abuelo se asomó por la ventana para ver cómo los soldados la traían a empujones hacia la casa. Antes de que alcanzaran la puerta, el abuelo nos metió rápidamente bajo la cama y nos cubrió con mantas diciendo:

—Sigue la ruta de los duendes de colores del bosque, Mauricio, y no griten, hazlo por tus hermanitos —y tapó mi cara.

Caminó hasta la puerta y en ese momento los hombres irrumpieron en la casa con la abuelita a cuestas. Pude entender que el abuelo les decía que no había nadie más, pero los hombres voltearon las camas, los colchones (que se deslizaron sobre nosotros, por lo que no nos vieron), rompieron la mesa, tumbaron la estufa, y luego de destruir todo lo que vieron dentro se llevaron a nuestros abuelos con ellos, no sin antes golpearlos fuertemente.

Ni siquiera tuvimos tiempo de llorar, apenas se marcharon tomé la mano de mis hermanos y los arrastré fuera de la casa. Corrí tan rápido que mis hermanos casi no podían seguirme, pero no los solté. Parecía que las figuras de nuestros duendes se desprendían de los árboles y me mostraban el camino, brillaban en el bosque (*¿o eran mis ojos llenos de lágrimas?*), todo lo demás se veía borroso, las hojas, los árboles. Llegamos al árbol escondite que había preparado mi abuelo, tomamos un poco de agua, pero ninguno de nosotros tuvo ganas de comer caramelos.

Esa noche los sonidos del bosque me parecieron aterradores, el viento, los búhos, los pájaros, el mar a lo lejos que se mezclaba con los sollozos de mis hermanitos y con mi propio dolor. Sólo veía frente a mí la cara adorada de mi abuelo pidiéndome que cuidara a mis hermanos. Y supe que no volvería a verlo jamás.

Allí nos encontraron nuestros padres, dos días después.

## Un pueblo en la colina

Al cabo de una semana llegamos con nuestros padres a un pueblito encallado en la ladera de una colina. Estaba amaneciendo, en esa hora en la que aún las cosas se confunden en la oscuridad. Todas las casas se veían grises desde lejos. Llovía un poco, y nuestros pasos se hundían en un chapotear infinito. Caminábamos en fila, papá a la cabeza, seguido por dos hombres que nos ayudaron en nuestra huida, Elenita, luego Luis delante de mamá y yo, al final, cerraba la línea.

Caminaba encorvado, doblado por el dolor que me obligaba a arrastrar los pies y me pesaba como una carga inmensa. No sentía mis manos, ni la lluvia sobre mí. No sabía cuántas lágrimas más resbalarían sobre mi cara (*¿o era la lluvia?*), no había comido bien en los últimos días, me dolía respirar, moverme y hasta pensar. La pena dejada por el vacío de mis abuelos no me abandonaría nunca, aunque con el transcurso de los años otras penas han hecho que sienta menos su ausencia.

El sol ya asomaba cuando entramos al pueblo. Sus calles subían empinadas siguiendo el curso de la pendiente en la colina, y las casitas estaban dispuestas en filas a sus lados, escalonadas; casi todas eran blancas, con muchas flores cultivadas al frente en las fachadas que miraban hacia las calles; que a esa hora comenzaban a llenarse de ruidos, había ya algunos niños que corrían de un lado a otro gritando, llamándose entre ellos, mirándonos como a una curiosidad.

Los niños sabíamos que veníamos para quedarnos. Papá y mamá habían decidido participar activamente en el silencioso ejército que se estaba formando a través de la cadena de ayuda. «No es un ejército de soldados, es un ejército de resistencia formado por hombres y mujeres comunes de nuestro país», había dicho papá para explicar lo que ocurría. También nos dijo que los niños no podíamos ir con ellos, y que había algunas personas buenas dispuestas a cuidarnos, y que además debíamos asistir a la escuela.

No queríamos quedarnos, nos asustaba la idea de separarnos, pero no había nada que hacer, papá ya había tomado la decisión y frente a los designios de papá nadie podía oponerse, ni siquiera mi madre.

Cruzamos el pueblo, nos dirigimos a unas pequeñas granjas que crecían un poco alejadas, llegamos a una de ellas; afuera había gallinas, pollos, dos perros flacos, algunas ovejitas flacas también y dos niños más o menos de la edad de mis hermanitos que a esa hora ya correteaban a las gallinas. Cuando nos vieron llegar se dirigieron a la casa y llamaron a sus padres a grandes voces. Un hombre

salió a recibirnos.

Entramos en la casa, tenía un solo piso pero era grande y muy limpia, nos ofrecieron algo para desayunar y hablaron con nuestros padres. Desde donde estaba podía escuchar lo que decían; se quedarían con Luis y Elenita pero no podían encargarse de mí, yo estaba muy grande, no alcanzaría el espacio ni la comida. Papá y mamá aceptaron, me llevarían con otra de las personas que se había ofrecido a cuidar algún niño en caso de que fuera necesario por la guerra.

Cuando salimos ya los niños estaban afuera jugando con Elena y Luis, que parecían contentos, los cuatro correteaban a los perros flacos que se cansaban de ellos demasiado pronto. Mamá se acercó a mis hermanos y los abrazó fuertemente, entró con ellos a la casa y les dejó abrigos y zapatos nuevos (que habían logrado conseguir los adultos durante el viaje). También dejó algo de dinero a los dueños de la casa. Se despidió de ellos fuera de la vista de los demás, creo que mis hermanitos no se dieron cuenta de cuándo nos fuimos.

Regresamos al pueblo. La extraña sensación de abandonar a mis hermanos borró de mi mente la tristeza por mis abuelos, y de pronto me sentí muy solo. Caminamos ascendiendo por una de las empinadas vías, hasta que llegamos a la última casa que se veía del lado izquierdo en aquella calle. Era una casa muy blanca, pequeña pero con dos pisos y llena de flores.

En aquella casa vivía la señora Brigitte, era alta y algo gorda, vestía traje de flores y un sombrero que sostenía con un pañolón de flores también. No era vieja, pero sí mayor que mamá. Nos invitó a entrar con maneras muy formales, como las que usaban los viejos amigos de mi abuelo, aquello me asombró porque hacía ya mucho tiempo que había olvidado la formalidad. No podía imaginar mayor contraste, a su lado nos veíamos cansados y flacos, y además veníamos vestidos con ropas gastadas de viaje.

Su casa era pequeña pero cómoda, tenía dos plantas, abajo la cocina y un salón decorado con alfombras, cuadros y algo de cristalería. Arriba dos habitaciones extremadamente limpias con camas pulcras y el único baño de la casa. Todo estaba en perfecto orden y armonía, daba una sensación de ahogo y encierro, de severidad. Cada hora el sonido de un reloj ubicado bajo las escaleras se escuchaba en toda la casa y describía siempre con una melodía diferente si habían transcurrido quince, treinta o cuarenta y cinco minutos.

Brigitte había sido criada en Inglaterra, así que religiosamente tomaba el té a las cinco de la tarde y era muy peculiar el modo cómo se las ingeniaba para conseguir, en aquellos tiempos de escasez, té, harina, pan, cigarrillos o música.

No habló mucho rato con papá y mamá, que entraron conmigo a la casa, los compañeros de papá prefirieron esperar afuera. No quiso aceptar que le dejaran algún dinero para cuidarme. Mamá me abrazó y me besó muchas veces, papá me miró sin sonreír y dijo:

—Espero mucho de ti, Mauricio, es tu deber cuidar a tus hermanos y acompañarlos siempre, asistirán a la misma escuela así que los verás a diario —y añadió, suavizando la voz:—. El abrazo y el beso me los guardo para cuando regrese a buscarlos —y salió de la casa sin mirar atrás ni una sola vez.

Corrí hacia la ventana y los miré partir hasta que sus siluetas grises se perdieron al final de la calle.

## Tres a la hora del té

Aquella noche no pude dormir, la cama estaba demasiado limpia, demasiado blanda, no entraba ningún ruido de la calle y el reloj no dejó de anunciar cada hora y de cantar cada quince minutos. Extrañaba el sonido del viento, me sentía encerrado, no podía abrir las ventanas, era una de las normas de la casa; «No se ensucia, no se grita, no se corre y nunca se debe faltar a la hora del té», me había dicho Brigitte, y «No se abren las ventanas, el aire y el sol entran por la puerta, como se debe».

Al día siguiente encontré a mis hermanos en la escuela. Daba pena verlos, estaban sucios y descalzos, la pareja encargada de cuidarlos había dado sus zapatos y abrigos a sus propios hijos. Y como estaba acercándose el invierno sufrían mucho frío y parecían enfermos. Indignado fui a ver al director de la escuela con mi maestra. Inmediatamente mandó llamar a los padres, quienes le aseguraron que no habían recibido nada para poder ocuparse de aquellos niños. Estaban mintiendo, yo lo sabía y el director también, pero me pidió que fuera paciente y agregó:

—Te ayudaré a resolver el problema, pero entiende que todos somos pobres aquí, no ganaríamos nada actuando por la fuerza —y tomando a mis hermanos nos acompañó de vuelta a casa de Brigitte.

Cuando Brigitte los vio no dudó ni un momento en hacerse cargo de ellos también. Aunque no le gustaban mucho los niños, le gustaban menos las injusticias cometidas contra ellos. Seguidamente puso en marcha un plan de recolección y al final de la tarde ya teníamos en casa otros abrigos, zapatos y ropa suficiente que habían donado con gusto sus vecinas para darles una «*existencia decente*» a mis hermanos abandonados.

En los siguientes días aprendimos cómo vivir en la casa de Brigitte. Baño y ropa limpia a diario, hacer las camas, limpiar la casa los fines de semana, lavar platos, vasos y cubiertos y guardarlos en perfecto orden, jamás tocar la cristalería y no pisar las alfombras. Parecía complicado, pero acostumbrarse era sólo cuestión de tiempo.

Lo que más me gustaba era desyerbar el jardín, porque en la parte trasera de la casa ella tenía uno pequeño en el que sembraba las hierbas más extrañas y aromáticas que jamás he visto, con ellas preparaba el té y enriquecía el sabor de sus comidas, y de ellas se desprendía el peculiar aroma que flotaba en toda la casa y en toda la vida de Brigitte.

También tenía objetos peculiares en su casa. Uno de ellos, el que llamaba

principalmente mi atención, era un gramófono, consistía de un plato en el que giraba un disco y el sonido era reproducido por una trompeta grande y de metal. Todas las tardes escuchábamos las más dulces melodías de Chopin, Vivaldi, Tchaikovsky; las trágicas de Beethoven, o las alegres de Mozart.

Y también coleccionaba amigos muy peculiares. Uno de ellos era Manuel, un muchacho al que le faltaba un brazo, lo había perdido a principios de la guerra, con lo que ganó el regreso a su pueblo natal. Manuel conocía a mucha gente, especialmente dentro del ejército de resistencia civil (en el que mis padres participaban) y negociaba con muchas cosas. Era el encargado de traernos noticias de mis padres y cosas para alegrar y mantener nuestra vida. Negociaba y conseguía para Brigitte harina, jabón, azúcar o sal en tiempos de escasez; cigarrillos, telas y música de vez en cuando. Manuel era recompensado como invitado a tomar el té en el pequeño jardín atrás de la casa con nosotros.

Otro de sus amigos era un viejo coronel retirado de apellido Durand, quien no hacía sino hablar de sus experiencias en guerras pasadas, a veces parecía olvidar completamente el tiempo y nos sumergía con sus historias en las apasionadas experiencias de su juventud. Me gustaba aquel viejo porque me recordaba a mi abuelo. Todo lo que el coronel Durand tenía de tranquilo lo tenía Manuel de inquieto. Parecían las dos caras trágicas de una misma moneda, unidas por el infortunio de la guerra.

Durante aquella época nos volvimos a sentir como una familia, dormíamos serenos, comíamos juntos, cumplíamos todas las normas de la casa. Aprendimos de música, poesía y de historia viva (en las tardes de té con el coronel), jugábamos otra vez en las calles, con otros niños o con Manuel, que era nuestro héroe personal ya que hasta una pelota consiguió una vez para nosotros. Olvidamos por un tiempo las penurias de la guerra y la soledad de nuestras vidas.

## Memorias al atardecer

Las tardes largas se deslizaban silenciosas con el viento, meciendo las hojas en los árboles del jardín. La suavidad de la hierba en las colinas nos acompañaba siempre. Los días se sucedían en interminables atardeceres coloreados por la moribunda luz del sol, y pincelados por las notas de la melodiosa vida de las casitas en la colina. Especialmente por la nuestra.

La música fue mi compañera del tiempo y el gramófono mi cómplice reservado.

De vez en cuando, en cuanto los deberes nos abandonaban y los amigos se silenciaban, se abría paso en el fondo de mi alma un temor latente, forzosamente callado, fatalmente inevitable; la ausencia de nuestros padres. Procuraba no pensar en ellos, trataba de distraer mi preocupación persistentemente presente. Pero cada noche me hacía la misma pregunta: *¿Volveré a verlos?* Sabía que mis hermanos sentían lo mismo pues podía escucharlos sollozar en la oscuridad.

Para mantenerme ocupado y tratar de no preocuparme conseguí que Manuel me llevara consigo en sus osadas travesías. Conocí mucha gente arriesgada como mis padres y me sorprendí ante cada nueva historia, pues cada persona que vi llevaba consigo su propia guerra, que solía ser diferente a la de los demás.

A pesar de faltarle un brazo Manuel conducía con extraordinaria ligereza una bicicleta. Cuando consideró que yo era lo suficientemente mayor me permitió usarla. Aprendí rápidamente y me acostumbré a recorrer las calles de nuestro pueblito a toda velocidad. La gente me veía pasar y me saludaba, me pedía que llevara cosas de un lado a otro o que les consiguiera otras que hacían falta o que transmitiera algún mensaje.

Así, pronto me convertí en el «*brazo faltante*» de Manuel, como él me llamaba, y cumplía fielmente todas las misiones que me fueran encomendadas.

Manuel y yo solíamos ir al bosque, donde algunas tardes, justo antes del anochecer, se reunían personas que traían suministros a nuestro pueblo y noticias de la resistencia. Así nos enterábamos de los avances o caídas de nuestro ejército. Una tarde trajeron consigo un soldado herido. Con la participación de algunos vecinos en el pueblo (incluida Brigitte) lo trasladamos a la escuela, y con permiso y cooperación del director, se dispuso de una sala especial para atenderlo. Con el tiempo la sala llegó a estar repleta, pues cada vez llegaban más soldados buscando refugio.

Las noticias sobre la guerra eran el tema de todos los días y aunque la mayo-

ría coincidía en que nuestro país pronto se liberaría de la ocupación, nadie podía asegurar cómo ni cuándo ocurriría.

Y ocurrió. Mientras que el ejército de países aliados al de nosotros desembarcaba por nuestras costas al norte, el ejército de resistencia civil avanzaba desde el sur, y en él venían mis padres. Al cabo de dos meses nuestro país fue liberado y el ejército dispuesto para atacar en sus propias tierras al ejército enemigo.

## Un abrazo y un beso prometidos

Había pasado poco más de año y medio desde que estábamos al cuidado de Brigitte. Durante ese tiempo nunca dejamos de ir a la escuela, de asistir al té a las cinco de la tarde, de cumplir con nuestras obligaciones y de cuidarnos mutuamente.

Una tarde de regreso de la escuela los vecinos comenzaron a mirarnos de forma extraña.

—Esperen una sorpresa —nos decían algunos—. Allá arriba verán algo pronto —decían otros—. ¡Qué maravilla cuando lleguen a casa! —gritaba alguna vecina desde una ventana. No supe en qué momento comencé a correr y dejé a mis hermanos detrás de mí.

El corazón me latía fuertemente, por el esfuerzo, por la emoción (*¿será posible?*), me estaba acercando a la casa cuando vi tres figuras grises en la puerta. Me abalancé sobre ellos, abracé fuertemente a mi madre y atrapé a mi padre junto a ella. A mi lado estaban también mis hermanitos, habían corrido tanto como yo y ahora me daba cuenta de su presencia a mi lado.

Papá me levantó y me abrazó y me besó muchas veces, nuestros ojos estaban llenos de lágrimas. Recuerdo claramente la cara de mi madre sonriente junto a la mía y los gritos de alegría y entusiasmo infinitos de mis hermanos en brazos de papá y mamá.

Aquella noche dormimos todos en la pequeña habitación de la casa de Brigitte. Desde mi cama podía ver a mamá inmovilizada en medio de mis hermanos, dormida plácidamente en la camita que solía ser de Elena. La cara de los tres era apacible y sonriente. El pelo de mamá caía como la noche negra sobre la almohada.

Papá estaba conmigo, desde mi cama miraba hacia afuera a través de la ventana, sus ojos eran brillantes y oscuros, como el pelo de mamá. Sus brazos fuertes cruzados sobre el pecho. No había cambiado nada. De pronto me dijo susurrando:

—He pasado cientos de noches mirando un cielo como este y sin embargo ahora es tan distinto. —Y continuó: —Sé que no puedes dormir, Mauricio, dime lo que te inquieta.

Hasta hoy creo que papá podía leer mi mente. Suspiré diciendo:

—Papá, no volveremos a ver a los abuelos ¿verdad? —pregunté.

Entonces él se volvió para mirarme, y vi en sus ojos una mirada diferente. Me contestó:

—No, ellos no volverán.

Y dije insistentemente:

—¿Por qué tenían que morir, por qué tenía que morir tanta gente?

Estuvimos un rato callados, él me miraba fijamente, hasta que rompió el silencio diciéndome:

—La vida es un regalo que viene con un tiempo incluido, lo importante no es cuánto tiempo más vivimos, sino lo que hacemos con el tiempo que se nos concede. —Y continuó: —Hace unos treinta años, cuando yo era un chico como tú, vivimos una guerra como esta y tu abuelo estuvo allí protegiendo a nuestra familia, como estuvo con ustedes hasta el final. —Cerró los ojos y continuó: —Lo que aprendí de él entonces vive aún conmigo y habrá de vivir contigo todos tus años.

Mantuvimos el silencio por muchas horas y cuando la luz del día comenzaba a nacer tímidamente en el horizonte le pregunté:

—Papá, ¿somos amigos?.

Sabía que estaba despierto, me abrazó y besó mi frente susurrando:

—He aquí el abrazo y el beso que le prometí a mi amigo cuando me marché —suspiró, agregando: —Y se los doy al hijo que bendigo al encontrar de nuevo.

Las pocas palabras de papá quedaron atesoradas en mi corazón y han vivido conmigo todos mis años. Los sucesos que llenaron mi vida en aquel tiempo me enseñaron que los pequeños acontecimientos diarios de una persona, aunque sean tan comunes o simples que no se encuentren escritos, que no sean cantados o alabados, forman parte y moldean los grandes acontecimientos que recuerdan a la humanidad tal y como ha sido, no como la historia hubiera querido que fueran.

## Epílogo

El primero de septiembre de 1939 el ejército alemán invadió y ocupó Polonia. Al saber la noticia pocos franceses le dieron importancia. Papá era entonces un hombre rico, vivíamos en París y la familia poseía una fábrica de perfumes que exportaba a gran escala.

Pese a toda su riqueza se preocupó, siempre supo que Francia sería un objetivo alemán en el avance de su guerra expansiva en Europa. Cuando vendió todas sus acciones en la fábrica lo llamaron exagerado y loco. A pesar de todo retiró el dinero que tenía en los bancos, pagó sus cuentas, liquidó sus envíos y guardó el efectivo en la casa. Habló con parientes y vecinos y preparó todo en caso de una posible huida.

El diez de mayo de 1940, cuando yo tenía cinco años, Alemania invadió Francia y todo el país se transformó cayendo en un profundo caos. El 14 de junio de ese año el ejército alemán desfiló por las calles de París, yo lo vi desde el jardín de mi casa.

El 22 de junio el gobierno francés capituló, dividiendo al país en dos mitades; al norte el gobierno alemán, al sur el gobierno colaboracionista de Vichy, al mando de Pétain. Sin embargo se consolidó una resistencia civil y militar en contra de Alemania.

En el exterior, desde Londres, al mando del general De Gaulle, se creó un ejército de resistencia militar, que fue reconocido legítimamente por otros países en 1942. Y en el interior se creó un ejército de resistencia civil, en el que muy pronto nos vimos involucrados voluntaria o involuntariamente aquellos que íbamos huyendo.

En 1942, cuando estaba por cumplir mis ocho años, Alemania ocupó toda la Francia metropolitana. Se intensificó entonces la relación entre el gobierno colaboracionista francés y el ejército alemán, y a partir de aquel momento la policía francesa ayudó a los alemanes a detener a los judíos y enviarlos a campos de concentración donde sólo sobrevivió el 3% de ellos. Entre los detenidos se encontraron mis abuelos.

Durante los siguientes dos años se intensificaron las acciones del ejército de resistencia, tanto el militar en el exterior como el civil en el interior de nuestro país. Hasta que el 6 de junio de 1944 tropas aliadas estadounidenses, inglesas, belgas, holandesas y francesas desembarcaron en las playas de Normandía, atacando al ejército alemán por sorpresa. Mientras, el ejército de resistencia (donde venían mis padres) avanzó desde el Sur, cerca de Marsella. Y el ejército ruso

avanzaba desde el oeste.

Finalmente, el 25 de agosto de 1944, cuando yo contaba con nueve años, el ejército aliado llegó a París, donde hubo alegría, desfiles y abrazos. En septiembre volvieron nuestros padres.

Habíamos perdido todo, la casa, el dinero, gran parte de nuestra familia, las inversiones de papá, su fábrica y sus negocios de exportación. Pero papá jamás se quejó, comenzamos de nuevo a vivir como una familia y poco a poco reunimos nuevamente a los parientes que habíamos creído perdidos.

Las hostilidades terminaron en 1945, cuando yo ya había cumplido los 10 años. El país quedó desolado, miles de kilómetros de campo destruidos, innumerables pueblos y ciudades bombardeados, carecíamos de agricultura y ganado, pero sobre todo el saldo pagado en vidas humanas aún hoy no puede contarse.